

BERTA TABOR

La pértiga del funambulista

451.http://

NUEVE

UN AMOR TRANQUILO

*Londres, marzo de 2005*

Malu Weisz Díez

MALU APRETÓ CON TERNURA A LA NIÑA CONTRA SU PECHO y le acarició el pelo sedoso y ondulado de color trigo. Pensó en los grandes ojos, los labios jugosos y los rasgos perfectamente proporcionados del rostro de su hija mientras le recorría con la yema de los dedos la piel suave de la cara, que mantenía sujeta contra su hombro.

Las sacudidas se apoderaron de nuevo del cuerpo de la pequeña. Lo endurecían hasta un punto de quiebra y lo abandonaban, vencido como un muñeco de trapo, entre los brazos impotentes de su madre. Lo estiraban hasta una rigidez imposible, y lo volvían a desechar. Una y otra vez. Una y otra vez.

Malu controlaba con el rabillo del ojo la manecilla del reloj.

Las crisis cesaron con la misma brusquedad con que se habían iniciado.

Se mantuvo un rato más expectante, por si reaparecían las fuerzas malignas, y repitió en voz baja y concentrada: «Cuarenta y cinco segundos», a la vez que

colocaba con cuidado a Carola sobre la cama de matrimonio. Sacó el cuadernillo del cajón de la mesita de noche y anotó: «Jueves 19 de marzo de 2005, a las 13.27 horas; duración: 45 segundos, tipología: crisis mioclónicas con estiramiento de brazos y piernas».

Las dos páginas anteriores del bloc estaban recubiertas de anotaciones parecidas. Estudió los datos y las horas: las crisis diarias habían disminuido en número pero seguían siendo abundantes y parecían concentrarse desde hacía un par de semanas alrededor de la hora del despertar y al comienzo de la tarde.

144

Todavía no podría separarse de Carola, por si se caía y se hacía daño, o por si la situación empeoraba y debía administrarle un supositorio de diazepam y salir con ella a toda prisa hacia el hospital.

Se dijo que no había valorado lo suficiente el privilegio de esa rutina a la que ansiaba regresar cuanto antes.

Su mayor ambición en aquel momento era poder dejar de nuevo a Carola en su guardería por la mañana y disponer de su tiempo para ir a la tienda a trabajar con Maud, su socia. Un simple deseo de normalidad que antes le habría parecido ridículamente modesto.

Pero estaba decidida a no desmoronarse, y se repitió que, aunque se fuese acotando la infinidad de posibilidades que había creído un día que tendría su vida, no se dejaría vencer, ni dejaría de apreciar todas las que quedasen.

Debía pasar por la tienda al final de la tarde, en cuanto regresase Tim, para recoger y traerse a casa la contabilidad del día y los albaranes y facturas de los proveedores, tal como llevaba haciendo desde que las crisis convulsivas de Carola habían comenzado, hacía tres meses. Y pensó agradecida en la bendita de Maud, que se hacía cargo de la tienda sola, durante el día, sin hacerle ningún reproche ni ponerle mala cara.

El neurólogo le había dicho que tardarían *un tiempo* en dar con la combinación de fármacos para controlar las crisis, sin aclararle nada, porque debía de pensar que las madres resignadas con las que trataba a diario no podían permitirse el lujo de la impaciencia, ni el derecho a saber a qué atenerse. O quizás porque no tenía la menor idea.

145

Todos los médicos acababan por confesar en algún momento lo poco que sabían del cerebro y de la epilepsia...

Pero después de tres meses en aquellas condiciones, Malu comenzaba a preguntarse ya con desesperación cuánto tiempo más duraría *un tiempo*.

Se tumbó junto a su hija dormida, la envolvió con su cuerpo y le susurró con suavidad al oído:

—Mi Carolita preciosa...

Cuando le diagnosticaron a Carola, a los seis meses de nacer, una parálisis cerebral, Malu emprendió una carrera contra el tiempo, guiada probablemente, más que por una valoración inteligente de la situación, por la desesperación de quien no acata lo que no

quiere oír y se vuelca en un empeño irracional por revertir el curso de las cosas.

146 Se ocupó personalmente de la niña, de llevarla a sesiones diarias de fisioterapia y de estimulación precoz, de jugar con ella con todo tipo de juguetes educativos y describirle con exagerado entusiasmo las imágenes de colores que veían juntas en los libros de cuentos. Leía todo lo que encontraba sobre educación especial y acabó por aceptar que, si bien no conseguiría revertir el curso del destino, mejoraría en todo lo mejorable la situación de su pequeña.

Al soplar la velita del pastel de cumpleaños de Carola, Malu se dio cuenta de que no conseguía destacar nada que deseara recordar en una serie interminable de días anegados en esfuerzo y tristeza. Los días se habían hecho meses y no dejaban más que una borrosa marca gris.

De esa masa informe de tiempo solo conseguía recordar que el mundo exterior había cambiado y parecía ahora un ente indiferente y duro que le dolía en cualquier momento.

Se dio cuenta también, en aquel primer cumpleaños de Carola, de que llevaba tiempo sin padecer los súbitos ataques de llanto del principio, y de que en el interior de su cabeza comenzaba a sonar cada vez con mayor firmeza una voz nueva que la obligaba a fijarse en el maravilloso añil del cielo ese día y en la belleza del parque cuando salía a correr temprano por la mañana y quedaban aún retazos de la suave bruma

del amanecer enganchados entre las ramas de los árboles, y la brisa fresca parecía preñada de un color lavanda y rosa claro.

La incitaba a aspirar el perfume de la hierba húmeda y a percibir el agradable frescor del aire que precedía la primavera; a darse un largo baño espumoso rodeada de velas perfumadas y engullir sin mala conciencia una caja de trufas de chocolate los días que les tocaba revisión en el hospital, cuando los pequeños pacientes con los que coincidían Carola y ella, en la sala de espera, le hacían sentir que había perdido todo derecho a quejarse de lo que le había tocado en suerte.

147

Le sugería que se reservase momentos de soledad. Que se metiese en alguna sesión de tarde de cine con un cubo gigante de palomitas a ver comedias románticas, y llamase a conocidas para tomar un café y pasar el rato.

Decidió también que echaría mano de sus recuerdos para recorrer la sierra madrileña, abrazada a Javier en su Vespa, sintiendo la brisa veraniega perfumada a jara y a pino aplastándole las pestañas, siempre que añorase la ligereza de antes y necesitase creer de nuevo que todavía tenía alas, y que todo era aún posible.

Y se recordó que no debía olvidar lo mucho que se habían querido Tim y ella.

Fue recuperando su fortaleza y el equilibrio de antes, pero todavía a veces se imaginaba que despertaba una mañana y descubría que su niña era como las demás niñas.

Se decía que sabía demasiado, a su pesar y a des-tiempo, de fragilidades, de temores y de cómo fluía el tiempo, y que eso debía ser privilegio exclusivo de los viejos.

Por eso quizás le sorprendió tanto que Javier, al que no había vuelto a ver desde su boda con Tim, no notase nada.

Leyó en sus ojos, al verle de nuevo, el mismo entusiasmo de antes, cuando exclamó un genuino y feliz:

148

—¡Qué bien te veo, Malulita!

Malu había sentido que rejuvenecía. Ese *Malulita* era solamente suyo, de sus años de amistad reconvertidos esporádicamente en amores y desamores. Al oír de nuevo ese *Malulita* supo que no le contaría lo de Carola. Necesitaba seguir siendo *Malulita* para alguien.

Le llamó desde la casa de su madre en Madrid, al final de un día ajetreado que había transcurrido entre aeropuertos, notarías y banco.

Había viajado a Madrid por dos días, únicamente a vender el piso que le dejó su padre al morir y, aunque nunca había llegado a vivir en aquel piso, su venta le hizo sentir que rompía definitivamente con el pasado.

Tuvo un breve momento de angustia al firmar, y el resto del día lo pasó sumida en una extraña melancolía.

Tenía la sensación de haber perdido para siempre su relación con la ciudad de su infancia, que ya no reconocía.



Siempre, durante los últimos años, había vuelto a Madrid acompañada: por su madre, por Tim, por Carola...

Solía refugiarse en el piso de su madre a descansar, y paseaba por el barrio, pero hacía tiempo que no se involucraba en la vida de la ciudad. Tampoco llamaba a nadie.

Por primera vez percibía Madrid de nuevo a solas y se preguntó si, después de haberse esforzado tanto por no sentirse desarraigada en Londres, no se habrían debilitado hasta morir las fibras que la ligaban a su ciudad natal.

149

Sintió que Madrid le reclamaba una puesta al día, pero ella solo conseguía percibir una ciudad impregnada de ausencias. La ciudad que un día le había sido tan familiar se había tornado extraña. Había crecido a sus espaldas y no coincidía ya con la que había quedado atrapada en su mente y que florecía en sus recuerdos a gusto, con sus olores, sus colores, sus sombras y penumbras, y sus rincones preservados para siempre en el territorio de la memoria y de los sueños.

Esa noche llamó a Javier.

Le contestó una mujer de voz rasposa que se hizo seca cuando Malu preguntó por Javier. Y durante la larga espera Malu pensó varias veces en colgar, pero al oír de nuevo la voz de Javier y percibir su entusiasmo se disculpó por no haberle llamado antes.

Él le lanzó un «Tenemos que quedar» en un tono que no admitiría excusas, y Malu replicó que solo

tendría tiempo para una copa al final de la tarde y que su vuelo de regreso a Londres salía temprano. Se decidieron rápidamente por el Hispano's porque Malu quería pasar la tarde con Marina y con Álvaro, el hijo de su padre, y le quedaba cerca.

Mientras esperaba sentada junto a una de las mesitas del fondo del local, se sintió levemente incómoda, presa de una sensación de trasgresión nada excitante. Encendió un cigarrillo al verle entrar.

150

Había cambiado muy poco, había engordado algo pero no le sentaba mal. Se abrazaron, y Malu sintió una emoción extraña, como si el tiempo no hubiese pasado. Habían quedado más veces en aquel mismo sitio, recordó de pronto. Es posible incluso que hubiese tenido lugar allí alguna de sus numerosas rupturas.

O alguna de sus reconciliaciones. Se le encogió ligeramente el estómago al recordar con claridad aquellos altibajos y el desequilibrio que le producían y que tenía olvidados.

Le produjo cansancio pensar en el desasosiego que hasta la llegada de Tim a su vida había asociado con el amor.

Todo ese pasado le pareció de pronto incómodamente cercano y por un instante pudo verse antes de conocer a Tim y su amor tranquilo, y sintió una punzada breve de temor a perder lo que tenía.

Comprendió en aquel instante que el amor que había surgido entre Tim y ella había acontecido con la

facilidad y la sencillez de lo inevitable y de lo maravilloso, y pensó con satisfacción en su vida.

En el amor tranquilo y en la serenidad que no sabía que poseía.

Supo que no necesitaría ya recordarse lo enamorado que había estado un día de su marido.

Pensó en Tim y en los amaneceres junto a él y en sus cuerpos que se buscaban y se encontraban cada noche en un refugio común en el que recuperaban las fuerzas, y en la risa de Carola cuando hacía un rato Malu le había pedido por teléfono que cuidase bien de la abuelita Carmen. La risa excitada y feliz de su hija al oír su voz. La voz de su mamá.

Le contó a Javier lo de la venta del piso y le habló de la casa en el casco antiguo de Mallorca que querían comprar con aquel dinero. Le preguntó por la mujer que había contestado su llamada de teléfono y la incluyó en la invitación que le hizo:

—En cuanto la tengamos restaurada tenéis que venir a vernos. O a Londres.

Y le habló de su tienda-deli en la zona baja de Notting Hill y de lo bien que estaba funcionando:

—La llevamos Maud y yo, una francesa... Maud, la conociste, Javier, estuvo en clase con nosotros, en el Liceo. Su padre era diplomático. Entre la Troisième y la Première... Coincidimos en las clases de máster en Londres, ella había estudiado antes hostelería y yo llevaba un tiempo pensando en montar algún negocio. Vendemos libros de cocina de todo el mundo y tene-

mos cursos monográficos de chefs que vienen a promocionar sus libros, y ofrecen menús de degustación.

»Tomamos reservas con meses de antelación. Pero..., es porque el sitio es minúsculo —había añadido entre risas.

Al ver sonreír a Javier, Malu recordó el cariño que siempre sintió por él y mintió:

—Ahora comprendes que casi no pase por Madrid...

152 Rebuscó en la bolsa que le había entregado Marina aquella misma tarde y extrajo uno de los tres tomos de *À la recherche du temps perdu* de Proust con ilustraciones de Van Dongen.

—Gallimard. Edición limitada del 47 —le dijo al mostrárselo.

Le contó también que Marina se disculpó por no haberse fijado antes en la dedicatoria que llevaban, que indicaba que los libros habían sido el regalo de sus abuelos, Ana y Sandor, para sus padres, el día en el que se habían comprometido.

Le contó cómo por vez primera aquella misma tarde había visto a Marina como a la mujer a la que su padre había amado antes de morir.

Y pensó, pero no lo dijo: «Tardamos tanto, Javier, en aprender a mirar...».

Mientras hablaban podía recordar al Javier al que había querido, y con el que siempre, hasta que ella se enamoró de Tim, acababa por reconciliarse.

Se preguntó si él también se habría vuelto a enamorar. Si la mujer de voz rasposa sería *la mujer de su*

*vida*. Deseó que así fuera, a la vez que sintió el pellizco involuntario de unos celos fuera de lugar que le hicieron pensar en lo irracional que todo el mundo podía llegar a ser.

Pensó entonces en su propia madre influenciada por la más socorrida de las predicciones de una pitonisa del Retiro, que decidió un día, después de descubrir una antigua foto de un cumpleaños al que habían asistido Luis y ella con trece años, que Mark era el *verdadero* amor de su vida porque los dos se habían enamorado nada más verse...

153

Siguió hojeando con Javier uno a uno los pesados tomos bellamente encuadernados y, mientras observaban las maravillosas acuarelas en las que Van Dongen había reflejado el universo lejano y lujoso de Proust, le preguntó sobre su trabajo y su vida.

Al oírle hablar pensó en lo fácil que le resultaría abrazarle de nuevo y sintió un nudo en la garganta.

Parecía tan natural repetir los gestos de cariño que se habían compartido un día con alguien, como si se preservasen intactos, listos en algún desván oculto de la memoria para ser usados con la misma persona... No quiso imaginar.

Sintió de pronto que le invadía todo el cansancio acumulado del día y le pidió a Javier que la acercase a casa de su madre.

Al llegar frente al portal de la casa de Carmen, Javier salió del coche a despedirse y se abrazaron, y Malu le besó en la mejilla. Se sonrieron con cariño y añoranza

ya, y Malu pensó en García Márquez y en que había escrito en algún lado que el amor era como una casa de putas, con muchas habitaciones. Se dijo que a ella no le sobraban fuerzas para adentrarse por aquellos pasillos.

Javier murmuró:

—Te veo feliz.

Y Malu le contestó:

154 —Me alegro de haberte llamado —y refrenó el impulso que sintió de acariciarle la mejilla.

Se dirigió al pesado portón de madera sabiendo que Javier esperaría a verla entrar, como solía hacer antes.

La paralizó de pronto un deseo intenso de girarse y de lanzarse entre sus brazos. De comerle a besos los labios hasta desgastarlos y saciar las ganas de su boca. Como antes...

Mientras seguía avanzando sintió que el corazón retumbaba con violencia en el interior del pecho y le entrecortaba la respiración.

En el interior del portal vacío se dejó caer en uno de los escalones y rompió a llorar.

Fue serenándose poco a poco a la vez que notaba que la invadía una melancolía suave y desprovista de tristeza.

Se dijo que era afortunada, que tenía un marido al que amaba, una hija que se acurrucaría mimosa entre sus brazos dentro de unas horas, su bonita casa de Londres, un trabajo que le gustaba y un amigo con el

que soñar con paseos en Vespa por la sierra madrileña, y con el que adentrarse de nuevo y siempre que quisiese por las calles de Florencia, o de Roma, o de Venecia, en unos veinte años que, para ellos dos, podrían durar toda una eternidad.

Malu acarició el pelo de la pequeña Carola que seguía durmiendo y se dijo que muy pronto acabarían por dar con la combinación adecuada de medicamentos para controlarle las crisis, y que la vida retomaría su curso habitual.

155

Dentro de un rato Tim regresaría a casa y debía arreglarse ya para salir.

Hoy iría en bicicleta a la tienda. Había salido el sol.